

La derrota de los piemonteses
Federico Engels
31 de marzo, 1 y 4 de abril de 1849

(Tomado de Carlos Marx / Federico Engels, *Las revoluciones de 1848. Selección de artículos de la Nueva Gaceta Renana*, FCE, México, 1989, páginas 491-501; también para las notas. Publicado en la *Neue Rheinische Zeitung* el 31 de marzo y el 1 y 4 de abril de 1849.)

Colonia, 30 de marzo. La traición de Ramorino ha dado sus frutos. El ejército piemontés ha sido *totalmente derrotado* cerca de Novara y rechazado hacia Borgomanero, al pie de los Alpes. Los austriacos han ocupado Novara, Vercelli y Trino y tienen expedito el camino hacia Turín.

No poseemos, hasta ahora, mayores detalles. Pero desde luego puede asegurarse que la victoria de los austriacos no habría sido posible sin la intervención de Ramorino, que les permitió deslizarse entre las diversas divisiones piemontesas y aislar a una parte de ellas.

No cabe duda de que también Carlos Alberto ha traicionado. Si lo ha hecho solamente por mediación de Ramorino o también de otros modos, lo sabremos más tarde.

Ramorino es el mismo aventurero que, después de una carrera más o menos equívoca en la guerra polaca de 1830-1831¹ y en la campaña de Saboya de 1833², el mismo día en que las cosas tomaban un cariz un tanto serio, desapareció con todos los fondos del ejército y que, más tarde, en Londres, facilitó al exduque de Braunschweig, por 1.200 libras esterlinas, un plan para la conquista de Alemania.

¹ En el Gran Ducado de Posen estalló después de la revolución de Marzo de 1848 una insurrección de los polacos por su liberación nacional del yugo prusiano. En este movimiento revolucionario participó por vez primera la masa de campesinos y artesanos cuya dirección se hallaba en manos de individuos de la baja nobleza polaca. Sin embargo, la aristocracia de la nobleza no quiso aceptar la alianza con el movimiento revolucionario-democrático de Polonia y Alemania, optando por entenderse con el rey de Prusia. A fines de marzo de 1848 y a la vista del gran movimiento popular, el gobierno prusiano prometió crear una comisión encargada de la reorganización nacional del Gran Ducado de Posen, que aseguraba a los polacos la creación de un ejército nacional, la distribución de Polonia en cargos administrativos y de otras clases y el reconocimiento oficial de la lengua polaca. El gobierno prusiano nombró como mandatario al general Willisen, quien logró, recurriendo a promesas semejantes, cancelar la Comisión de Jaroslaw y mover a los rebeldes a deponer las armas. Pero todas las promesas hechas fueron vergonzosamente burladas. Ya el 14 de abril de 1848 ordenó el rey de Prusia la división del Gran Ducado en una parte oriental polaca, y otra occidental, "alemana", que no se hallaría sujeta a reorganización y se incorporaría directamente a la Confederación Alemana. El real decreto del 26 de abril excluía de la organización a otros territorios. Provocados por estas medidas y por los constantes abusos de las tropas prusianas, los rebeldes reanudaron la lucha y alcanzaron cerca de Miloslaw una victoria sobre las tropas prusianas, aunque hubieron de rendir sus armas ante la gran superioridad de fuerzas, el 9 de mayo de 1848. El sucesor de Willisen, general Von Pfuel, persiguió por medios más brutales a los insurrectos del movimiento de guerrilleros. Después de la sangrienta represión de los polacos, en los meses siguientes fue desplazada hacia el este la línea de demarcación, hasta que los territorios adjudicados a Prusia representaban tres cuartas partes del ámbito del Gran Ducado de Posen. De este modo, lejos de implantar la prometida reorganización, Prusia se adjudicó nuevos territorios polacos.

² Campaña de Saboya de 1833: esta campaña militar, organizada por el demócrata burgués y revolucionario Giuseppe Mazzini, contaba, entre las filas del ejército que llevó a cabo dicha campaña, con emigrantes italianos, alemanes y polacos, todos ellos voluntarios. Los revolucionarios penetraron Saboya desde Suiza, pero las tropas del Piamonte respondieron al ataque, haciéndolos desarmar en Suiza.

El solo hecho de que pudiera darse un puesto a este granuja es indicio de que Carlos Alberto, que teme a los republicanos de Génova y Turín más que a los austriacos, maquinaba ya desde el primer momento la traición.

No cabe duda de que, después de esta derrota, se espera una revolución y la proclamación de la república en Turín, como lo indica el que se trate de prevenirse contra ella mediante la abdicación de Carlos Alberto en la persona de su hijo mayor.³

La derrota de los piemonteses tiene mayor importancia que todas las farsas del emperador de Alemania juntas. Es la derrota de toda la revolución italiana. Vencido el Piamonte, les llegará el turno a Roma y a Florencia.

Pero, si no son engañosos todos los indicios, esta derrota de la revolución italiana servirá precisamente de señal para el estallido de la revolución europea. A medida que va sintiéndose más sojuzgado por la propia contrarrevolución dentro del país, el pueblo francés ve cómo avanza hacia sus fronteras la contrarrevolución armada del exterior. A la victoria de junio y a la dictadura de Cavaignac en París correspondió la marcha victoriosa de Radetzky hasta el Mincio; a la presidencia de Bonaparte, a Barrot y a la ley sobre los clubes⁴ corresponden ahora la victoria de Novara y la marcha de los austriacos sobre los Alpes. París está maduro para una nueva revolución. Saboya, que desde hace un año prepara su separación del Piamonte y su incorporación a Francia y se ha resistido a tomar parte en la guerra, se echará en brazos de los franceses, y Barrot y Bonaparte tendrán que rechazarla. Génova, y tal vez Turín si llega a tiempo, proclamarán la república e invocarán la ayuda de Francia. Y Odilón Barrot les contestará gravemente que sabrá proteger la integridad del territorio de Cerdeña.

Pero, si el gobierno no quiere enterarse de ello, el pueblo de París sí sabe que Francia no puede tolerar la presencia de los austriacos en Turín y en Génova. Y no la tolerará. Contestará a los italianos con un levantamiento victorioso, al que se sumará el ejército francés, el único ejército de Europa que desde el 24 de febrero⁵ no ha pisado el campo de batalla.

El ejército francés arde en deseos de cruzar los Alpes para medir sus fuerzas con los austriacos. No está acostumbrado a enfrentarse a una revolución que le promete nueva fama y nuevos laureles y que levanta la bandera de guerra contra la coalición. El ejército francés no es “el glorioso ejército” del Hohenzollern.⁶

La derrota de los italianos es amarga. Ningún pueblo, si exceptuamos a los polacos, se ha visto tan ignominiosamente oprimido como éste bajo el poder de enemigos muy superiores en fuerzas; ninguno ha intentado tantas veces y con tanta valentía sacudir el yugo de la opresión. Y una y otra vez ha tenido este desventurado pueblo que sucumbir nuevamente ante sus opresores, cosechando nuevas derrotas como fruto de todos sus esfuerzos y de todas sus luchas. Pero si el descalabro provoca, esta vez, el desencadenamiento de una revolución en París y de la guerra en Europa, cuyos presagios se manifiestan en todas partes; si la derrota sirve de acicate para un nuevo movimiento a lo largo de todo el continente, movimiento que esta vez tendrá otro carácter que el del año

³ Victor Manuel II.

⁴ Una propuesta de ley del ministerio Faucher, del 26 de enero de 1849, de la Asamblea Constituyente francesa acerca del derecho de reunión, dice en su primer párrafo: “Los clubes están prohibidos”. Faucher sostiene la propuesta, cuyo proyecto es rápidamente redactado para su discusión. La Asamblea desechó esta apresurada propuesta y el 27 de enero Ledru-Rollin, apoyado por 230 diputados, firmó una propuesta para cambiar de ministerio, ante ciertas transgresiones constitucionales.

⁵ El 24 de febrero de 1848 fue derrocada la monarquía de Luis Felipe de Orleáns.

⁶ *Ante mi glorioso ejército*: palabras que el rey prusiano Federico Guillermo IV dirigió a sus tropas la mañana del 19 de marzo de 1848, un día después de iniciados los sucesos de Berlín.

pasado; si así sucede, hasta los italianos tendrán razones para dar por bien empleado lo ocurrido.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 260, 31 de marzo de 1849]

Colonia, 1 de abril. Según los últimos informes que llegan de Italia, la derrota de los piemonteses en Novara no es, ni mucho menos, tan decisiva como se anunciaba en el despacho telegráfico cursado a París. Los piemonteses han sido derrotados, han sido cortadas sus comunicaciones con Turín y se los ha arrojado a la montaña. Eso es todo.

Si Piemonte fuese una república y el gobierno de Turín un gobierno revolucionario, con el valor necesario para poner en acción recursos revolucionarios, no se habría perdido nada. Pero lo que hace que se pierda la independencia italiana no es la invencibilidad de las armas austriacas, sino la cobardía de la monarquía piemontesa.

¿Qué les ha dado la victoria a los austriacos? El que la traición de Ramorino permitiera dislocar a dos divisiones de las tres restantes para que estas tres, aisladas, fuesen batidas por la superioridad de fuerzas de los austriacos. Estas tres divisiones han sido ahora rechazadas hasta las faldas de los Alpes del Valais.

Fue un error enorme, desde el primer momento, el que los piemonteses sólo opusieran a los austriacos un ejército regular y se empeñaran en hacerles una guerra normal, burguesa, honesta. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no puede limitarse a los recursos de la guerra *usual*. Levantamiento en masa, guerra revolucionaria, guerrillas: he allí el único medio con que un pueblo pequeño puede ganar la guerra a otro grande, con que un ejército menos fuerte puede ponerse en condiciones de resistir a otro más fuerte y mejor organizado.

Así lo demostraron los españoles en 1807-[1812],⁷ y así lo demuestran todavía hoy los húngaros.

Chrzanowski fue derrotado en Novara y quedó cortado de Turín. Radetzky se hallaba a nueve millas de esta capital. En una monarquía, como Piemonte, aunque sea constitucional, quedaba decidida con esto la campaña y ya sólo restaba acudir a Radetzky para solicitar de éste las condiciones de paz. Pero en una república esa derrota *no habría decidido nada*. La derrota de Chrzanowski habría podido ser incluso una suerte para Italia, de no haber sido por la inevitable actitud de las monarquías, que jamás tienen el valor de recurrir a los medios revolucionarios extremos, pues su cobardía se lo impide.

Si Piemonte fuese una república que no tuviese que preocuparse para nada de las tradiciones monárquicas, se habría abierto ante él un camino que habría conducido toda la campaña a un muy distinto resultado.

Chrzanowski había sido rechazado hacia Biella y Borgomanero. En aquella región, donde los Alpes suizos ya no permiten seguir retirándose y donde los dos o tres angostos valles hacen punto menos que imposible cualquier dispersión del ejército, resultaba fácil concentrar las tropas y hacer infructuosa mediante una intrépida marcha la victoria lograda por Radetzky.

Si los jefes del ejército piemontés tuviesen arrojo revolucionario, si supieran que en Turín actuaba un gobierno revolucionario dispuesto a todo, su modo de proceder sería muy sencillo.

Después de la batalla de Novara, había en las proximidades del lago Maggiore de 30 000 a 40.000 hombres del ejército de Piemonte. Este cuerpo de ejército, concentrado en dos días, podía lanzarse sobre la Lombardía, donde no hay más de 12.000 austriacos;

⁷ En las guerras de liberación nacional del pueblo español contra el ejército napoleónico se siguió la táctica de la “guerrilla” contra los ejércitos regulares.

podía ocupar las plazas de Milán, Brescia y Cremona, organizar el levantamiento general, derrotar uno tras otro a los cuerpos austriacos enviados desde territorio veneciano y hacer saltar por los aires, de este modo, toda la base de operaciones de Radetzky.

Radetzky, en vez de marchar sobre Turín, se habría visto obligado a virar en redondo inmediatamente para retirarse hacia la Lombardía, perseguido por las masas piemontesas levantadas en armas y apoyadas, como es natural, por la insurrección de los lombardos.

Esta guerra, una guerra *verdaderamente* nacional, como la que los lombardos libraron en marzo de 1848 y con la que lograron arrojar a Radetzky al otro lado del Oglio y del Mincio, habría lanzado a la lucha a toda Italia e infundido una gran energía a los romanos y los toscanos.

Mientras Radetzky, entre el Po y el Tessino, se paraba a cavilar si debía avanzar o retroceder, podían los piemonteses y lombardos marchar hasta las puertas de Venecia, levantar el cerco de esta ciudad, atraerse a La Marmora y a las tropas romanas, inquietar y debilitar al mariscal austriaco con innumerables bandadas de guerrillas, poner en dispersión y, por último, derrotar a sus tropas. Lombardía sólo aguardaba el avance de los piemonteses y acabó levantándose sin esperar a más. Sólo las ciudades austriacas tenían a raya a las ciudades lombardas. Diez mil piemonteses habían llegado ya a suelo de Lombardía; de haber sido 20.000 o 30.000, habrían impedido la retirada de Radetzky.

Pero el levantamiento en masa y la insurrección general del pueblo son recursos ante los cuales retrocede asustada una monarquía. Sólo la república echa mano de ellos, como lo prueba el año 1793. Son recursos cuyo *empleo* presupone el *terrorismo revolucionario*, y ¿dónde está el monarca capaz de decidirse a esto?

Así pues, lo que ha perdido a los italianos no es precisamente la derrota de Novara y Vigevano, sino la moderación y la cobardía a que una monarquía tiene necesariamente que uncirse. La derrota de Novara sólo implicaba un prejuicio *estratégico*: cortaba a los piemonteses de Turín y dejaba el camino abierto hacia esta ciudad a los austriacos. Pero este prejuicio habría sido de todo punto insignificante si la derrota hubiese desencadenado inmediatamente la *verdadera guerra revolucionaria*, si el resto del ejército italiano se hubiese convertido en seguida en núcleo de un levantamiento nacional en masa, si la honesta guerra estratégica de un ejército se hubiese transformado en la guerra de un *pueblo*, como la que los franceses sostuvieron en 1793.

Claro está que todo esto, la guerra revolucionaria, el levantamiento en masa, el terrorismo, son cosas a las que jamás podrá avenirse una monarquía. Ésta antes pacta con su peor enemigo, pero un enemigo igual a ella, que entenderse con el pueblo.

Carlos Alberto puede ser o no traidor, lo cierto es que su *Corona*, la *monarquía*, habría bastado para hundir a Italia.

Pero sí era traidor, no cabe duda. En todos los periódicos franceses hemos podido leer la noticia del gran complot contrarrevolucionario europeo urdido entre todas las grandes potencias, del plan de campaña de la contrarrevolución para imponer por fin el yugo a todos los pueblos europeos. Rusia e Inglaterra, Prusia y Austria, Francia y Cerdeña han firmado esta nueva Santa Alianza.⁸

Carlos Alberto tenía la orden de lanzarse a la guerra contra Austria, dejarse derrotar y dar pie con ello a los austriacos para restablecer el “orden” en el Piamonte, en Florencia y en Roma, otorgando en todas partes, graciosamente, constituciones basadas en la ley marcial. En pago de ello se entregarían a Carlos Alberto Parma y Piacenza, los

⁸ Nueva Santa Alianza: en 1848-1849 se dio, de parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de Europa, una serie de intentos por reprimir los movimientos revolucionarios de la misma manera que lo había hecho la vieja Santa Alianza en 1815. Sin embargo, no fue posible la conclusión de un nuevo tratado, similar al de entonces.

rusos pacificarían a Hungría, Francia se convertiría en Imperio, y volverían a reinar en Europa el orden y la paz. He aquí, según las noticias de los periódicos franceses, el gran plan de la contrarrevolución, plan que explica la traición de Ramorino y la derrota de los italianos.

Pero la victoria de Radetzky ha asestado un nuevo golpe a la monarquía. La batalla de Novara y la consiguiente paralización de los piemonteses demuestran que nada puede entorpecer más a un pueblo que la monarquía, llegado el caso extremo en que aquél necesite poner en tensión todas sus fuerzas. Si Italia no quiere hundirse arrastrada por la monarquía, lo primero que tiene que hacer es acabar con la monarquía en Italia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 261, 1 de abril de 1849. 2ª edición]

[*Colonia*, 4 de abril]. Por fin podemos ver claros y manifiestos ante nosotros los acontecimientos de la campaña del Piamonte hasta el momento de la victoria de los austriacos en Novara.

Mientras hacía correr deliberadamente el falso rumor de que se mantendría a la ofensiva y se replegaría sobre el Adda, Radetzky concentró calladamente todas sus tropas en torno a Sant Angelo y a Pavía. La traición del partido reaccionario-austriaco de Turín había puesto en su conocimiento hasta el último de los planes y disposiciones de Chrzanowski y le había permitido informarse en su totalidad acerca del dispositivo de su ejército, habiendo conseguido, en cambio, engañar a los piemonteses en cuanto a las posiciones que ocupaba el suyo. Así se explica el emplazamiento de las tropas del Piamonte a los dos lados del Po, encaminado exclusivamente a avanzar desde todas partes sobre Milán y Lodi, simultáneamente y en movimiento concéntrico.

No obstante esto, si en el centro del ejército piemontés se hubiese opuesto una resistencia seria, habrían sido inconcebibles los rápidos triunfos alcanzados ahora por Radetzky. De haberle salido al paso en Pavía el cuerpo de ejército de Ramorino, habría habido tiempo suficiente para disputarle el cruce del río Tessino, mientras llegaban refuerzos. Entre tanto, podían haber entrado en juego también las divisiones estacionadas en la orilla derecha del Po y cerca de Arona; el ejército piemontés, emplazado paralelamente al Tessino, cubría a Turín y se bastaba y sobraba para poner en fuga a las tropas de Radetzky. Claro está que para ello había que contar con que Ramorino cumpliría con su deber.

No lo hizo. Permitió a Radetzky cruzar el Tessino, y con ello se rompió el centro piemontés y quedaron aisladas las divisiones emplazadas al otro lado del Po. La suerte de la campaña, en rigor, estaba ya decidida.

Ahora Radetzky emplazó entre el Tessino y el Agogna sus 60.000 o 70.000 hombres, con 120 cañones, y tomó de flanco a las cinco divisiones piemontesas colocadas a lo largo del Tessino. Rechazó con su enorme superioridad de fuerzas a las cuatro más cercanas, a las que derrotó en Mortara, Garlasco y Vigevano el día 21, tomó Mortara, obligando con ello a los piemonteses a replegarse sobre Novara, y amagó a la única vía de comunicación que les quedaba libre hacia Turín, la que partía Novara, pasando por Vercelli y Chivasso.

Pero, en realidad, los piemonteses habían perdido ya esta calzada. Para poder concentrar sus tropas y, sobre todo, para poder utilizar a la división Saroli, emplazada en la extrema ala izquierda en torno a Arona, tenían que hacer de Novara el nudo de sus operaciones, pudiendo por lo demás ocupar nuevas posiciones detrás del Sesia.

Por eso, ya prácticamente cortados de Turín, no les quedaba más remedio que aceptar la batalla cerca de Novara o lanzarse a la Lombardía, organizar una guerra popular

y dejar a Turín confiada a su suerte, a las reservas y a las guardias nacionales. En este caso, Radetzky se habría guardado mucho de seguir avanzando.

Ahora bien, para ello era necesario que en el mismo Piamonte estuviese preparada la *insurrección en masa*, y no era así. La guardia nacional burguesa estaba armada; pero la masa del pueblo carecía de armas, aunque clamase a gritos por las que había en los arsenales.

La monarquía no se había atrevido a apelar a la misma fuerza irresistible que había salvado a Francia en 1793.

Los piamonteses hubieron de aceptar, pues, la batalla de Novara, a pesar de ser tan desfavorable su situación y tan grande la superioridad de fuerzas del enemigo.

Cuarenta mil piamonteses (diez brigadas) con una artillería relativamente débil se enfrentaron a todo el poderío austriaco, unos 60.000 hombres por lo menos, con 120 cañones.

El ejército piamontés se colocó a ambos lados de la cabeza de Mortara, bajo los muros de Novara.

El ala izquierda, al mando de Durando, dos brigadas, se apoyaba en una posición bastante fuerte, La Bicocca.

El centro, mandado por Bès, tres brigadas, tenía como punto de apoyo una alquería llamada La Cittadella.

El ala derecha, al mando de Perrone, tres brigadas, se apoyaba sobre la meseta de Corte Nuove (calzada de Vercelli).

Se formaron dos cuerpos de reserva, uno integrado por dos brigadas al mando del duque de Génova, detrás del ala izquierda, el otro compuesto por una brigada y las guardias, detrás del ala derecha y mandado por el duque de Saboya, el actual rey.

El emplazamiento de los austriacos no aparece tan claro, a juzgar por su boletín de operaciones.

El segundo cuerpo de ejército austriaco, al mando de d'Aspre, abrió la batalla, atacando al ala izquierda de los piamonteses; tras él marchaban el tercer cuerpo de ejército, mandado por Appel, el cuerpo de reserva y el cuarto cuerpo. Los austriacos lograron desplegar en batalla toda su línea de combate y descargar al mismo tiempo un ataque concéntrico sobre todos los puntos del dispositivo piamontés, y su superioridad de fuerzas arrolló al enemigo.

La clave de la posición de los del Piamonte era La Bicocca; si los austriacos lograban apoderarse de ella, el centro y el ala izquierda de los piamonteses quedarían encerrados entre la ciudad (no fortificada), sin otro recurso que dispersarse o rendirse.

De allí que los austriacos lanzaran su ataque principal contra el ala izquierda de los piamonteses, apoyada principalmente en La Bicocca. En este sector se peleó con gran violencia, pero sin que durante mucho tiempo se obtuvieran resultados.

También fue objeto de vivos ataques el centro. Por varias veces perdieron los piamonteses La Cittadella, que otras tantas fue recuperada por Bès.

Cuando los austriacos se dieron cuenta de que tropezaban allí con fuerte resistencia, volvieron a lanzar su esfuerzo principal contra el ala izquierda de los piamonteses. Las dos divisiones de éstos fueron rechazadas hasta La Bicocca, que, al fin, fue tomada por asalto. El Duque de Saboya se lanzó con sus reservas sobre los austriacos, pero inútilmente. La superioridad de fuerzas de los imperiales era demasiado grande, la posición estaba ya perdida y, con ello, decidida ya la suerte de la batalla. La única retirada que les quedaba libre a los piamonteses era la retirada hacia los Alpes, hacia Biella y Borgomanero.

Y a esta batalla, preparada por la traición y ganada por la superioridad de fuerzas, la llama la *Gaceta de Colonia*, que durante largo tiempo venía suspirando por una victoria de los austriacos,

una batalla que brillará por siempre en la historia de la guerra [!], pues la victoria lograda por el viejo Radetzky es el resultado de movimientos combinados tan hábilmente y de una bravura verdaderamente tan grandiosa, que no se había visto nada parecido desde los días de Napoleón, el gran demonio de las batallas [!!!].

Hay que reconocer que Radetzky o, mejor dicho, Hess, su jefe de estado mayor, supo urdir muy bien su complot con Ramorino. Y también es verdad que, desde la traición de Grouchy en Waterloo, no se había visto una infamia tan grandiosa como esta de Ramorino. Pero si hay que comparar con alguien a Radetzky, no es precisamente con Napoleón, “el demonio de las batallas” (!), sino con *Wellington*: a los dos les costaron siempre sus victorias, más *dinero contante* que pericia y valentía.

No entraremos, por el momento, en las demás mentiras propaladas ayer noche por la *Gaceta de Colonia*: la de que los diputados demócratas de Turín emprendieron la huida, la de que los lombardos “se condujeron como un hatajo de cobardes”, etc., etc. Los últimos acontecimientos se han encargado ya de desmentirlas. Estas mentiras solo revelan una cosa: la alegría que le produce a la *Gaceta de Colonia* el que la gran Austria haya derrotado, y además valiéndose de la traición, al pequeño Piamonte.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 263, 4 de abril de 1849]

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es